

PALOMA BRAVO

Polis y cacos



PALOMA BRAVO

Polis y cacos

Primera edición: junio de 2026

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Paloma Bravo, 2026
Representada por la Agencia Literaria Dos Passos
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN: 979-13-87810-81-8
Depósito legal: M-6367-2026
Printed in Spain

A los desclasados

«Un hombre feliz no tiene pasado,
un hombre infeliz no tiene nada más».

RICHARD FLANAGAN

Álex

La lista, el guapo, la graciosa, el empollón, la deportista, el malote, la rara, el pelota, la mandona, el mimado, la gorda, el buenazo, la torpe, el zalamero...

Nos pasamos la vida intentando arrancarnos las etiquetas que nos ponen: pegajosas, incómodas, reduccionistas. Nos pasamos la vida, también, queriendo clasificar a los demás, archivarlos, controlarlos. Somos todos mucho más que una sola característica y un encajonamiento.

Aunque Álex era la guapa de la clase. Siempre lo fue.

La guapa de la clase, del curso y de todo el colegio. La niña a la que los mayores dejaban colarse en el comedor, a la que los pequeños llamaban «hada», así, todo seguido, «Álexhada»; dicho rápido, con miedo y admiración: *alexhada*, *alesada*.

Álex era una guapa de cuento: ojazos verdes, pelo larguísimo y rubio, sonrisa abierta.

Álex era un poco bruja y un poco buena, según. Era también muchas más cosas, pero no sabíamos verlas.

A los tres años habíamos entrado en el colegio y nos habían encerrado en un aula con otros veintitantos ni-

ños. En apenas unas horas, en unos pocos días, nos habían encerrado también en una etiqueta.

Si destacabas en algo, no cabían más trazos.

Álex, bellísima y veloz, enseguida se estrenó como leyenda. Corría como nadie y siempre ganaba a polis y cacos. Además, tenía ese nombre unisex, atípico, que sonaba extranjero. Eran años de Marías y Antonios, de Cármenes y Pablos, de Cristinas y Juanes.

Eran años de muchos hermanos y casi todos llegábamos al colegio ya con un rótulo. «Es el pequeño y me ha salido tímido». «Cuidado, que es mandona; tiene a sus hermanos tiranizados». «Parece pegón, pero es solo impulsivo...».

Podías jugar a los contrarios: tímido en casa y bufón en clase, charlatán en el colegio y ausente en tu propia cocina, pero... Al final siempre había cerca un hermano, un primo, el hijo de un amigo lejano de tus padres... Alguien que te alcanzaba con la maldición y te recordaba que no había escapatoria hasta que salieras del colegio a los dieciocho y pudieras empezar de cero.

Reconstruirte, elegir un carácter propio y no impuesto, reconocerte y quererte.

Quererte, por fin, como si nadie te hubiera hecho daño.

★ ★ ★

Álex no conseguía decidirse entre el bien y el mal, entre el hada y la bruja. Tampoco conseguía quedarse en el término medio, en algún gris, un mínimo matiz, alguna escala.

Su belleza era una bendición, su belleza era una condena.

Algunos días, sonreía y nos elegía a los más lentos para su equipo. Otros, se burlaba de nosotros y nos obligaba a jugar, aunque no quisiéramos, aunque no nos apeteciera perseguirla mientras ella, a mil metros de distancia, se reía con sus dientes perfectos y su melena larga, su aspecto de actriz de cine, de estrella cruel, de pesadilla.

La adorábamos y la odiábamos.

★ ★ ★

Tantísimos años después, algunos se han quedado a vivir en el pasado; es su época de esplendor y máxima felicidad. Otros preferimos vivir en el futuro, esperando una paz que no llega y un yo que no nos avergüence; esperando una vida sin miedos. Sin fantasmas. Sin etiquetas.

★ ★ ★

Tienes solo tres años y estás atrapado. Te libera un timbre cada tarde y, sin apenas respiro, otro —el del despertador— te devuelve a esa cárcel, ese experimento, esa miseria. Esos que ves a tu alrededor son tus compañeros de celda. Con suerte, tu pandilla. Alguno te incluirá en sus juegos. Con otros, fumarás canutos. Al menos uno te taladrará la autoestima. Quizá con dos o tres puedas compartir tus sueños.

Cuando tengas cuarenta años, cincuenta, y mires atrás, te darás cuenta de que te equivocaste cuando predijiste el

futuro; el tuyo, los suyos: ¿a quién le ha ido bien? ¿Quién tiene más éxito? ¿Quién es más feliz? ¿Quién tiene menos miedo?

Todos nosotros habríamos apostado por Álex, por su triunfo arrollador. Pero es justo Álex, justo ella, quien...

No, eso no toca todavía.

★ ★ ★

Tomás nos pegaba. Estaba siempre enfadado.

El colegio estaba lejos del centro. Casi todos íbamos en ruta. Al salir, una decena de autobuses nos esperaban en la explanada. En la puerta, ninguna cuidadora, pocas madres y ni un solo padre. Por eso reconocíamos a la madre de Tomás, una mujer que nos parecía triste y bondadosa. Él nunca le daba la mano, ni la saludaba con cariño; nunca se tocaban. Salía y echaba a andar, sin mirarla, y ella le seguía hasta el coche, sin decir una palabra, sin intentar una caricia.

¿Nos daba pena? La verdad, no. No elucubrábamos; en aquella época veíamos, pero no entendíamos. No teníamos referencias.

Y Tomás nos pegaba.

No queríamos empatizar; no podíamos.

Unos años después, cuando a las niñas nos crecieron las tetas, nos elegía de una en una y nos arrastraba a un rincón solitario: nos sujetaba contra la pared y nos estiraba el jersey de pico para asomarse y vernos el pecho desnudo y vergonzoso, apenas escondido por un sujetador que necesitábamos y no queríamos llevar porque se mar-

caba a través del uniforme y los chicos nos tiraban de la goma por detrás, creyéndose mayores y muy graciosos, siendo solo unos niñatos previsibles.

Tomás nos aprisionaba y nos examinaba despacio las tetas, como si las midiera, como si las pesara. Al rato nos dejaba ir, sin una palabra.

Escapábamos despacio para que nadie lo notara; escapábamos sintiéndonos sucias, sintiéndonos culpables.

Los chicos fingíamos no verlo. Lo que Tomás les hacía a las niñas nos fascinaba y nos horrorizaba. Esa mezcla —fascinación y horror— se convertiría pronto en una constante de nuestra infancia.

★ ★ ★

Tomás llegó a pegar a una profesora, pero por eso no lo echaron.

Era un niño de pelo castaño, cortado a cepillo. Fuertote, no muy alto. Llegaba por las mañanas oliendo a colonia, con el uniforme limpio, perfecto; y salía por las tardes sucio y revuelto; cargado de polvo del recreo, de sudor, de barro.

Tomás pisaba, literalmente, todos los charcos. Y, metafóricamente, los generaba.

Ahora es consejero delegado de una constructora, la que fundó su abuelo y presidió su padre.

No lo hemos vuelto a ver.

Santi debe de tener su móvil porque, de pequeños, Santi le quería. Por alguna razón, lo defendía siempre. Lo «bancaba», que dicen los argentinos.

★ ★ ★

Santi era simpático, alegre, guasón. Listo, divertido, curioso. Santi era preguntón, alto, delgado, fibroso. Con el flequillo negro siempre larguísimo, la nariz llena de pecas y una sonrisa traviesa. Y no son etiquetas, sino admiraciones, recuerdos de ese amor que todas, todos, compartíamos por Santi.

Siempre hablábamos de él con unos puntos suspensivos que eran un suspiro de arrobó y encantamiento. Por eso acatábamos su apoyo a Tomás, aunque ni lo entendíamos ni nos gustaba. No podía gustarnos.

Lo que queríamos es que Santi se fijara en alguno de nosotros. Que nos eligiera de pareja, de mejor amigo. Que nos iluminara. Que nos encumbrara. Que nos defendiera. Que nos diera sentido.

Y Santi nos trataba a todos igual, con sonrisas, sí, y con ligereza.

★ ★ ★

Santi era el único que podía alcanzar a Álex. Atraparla corriendo y, a veces, para felicidad de todos los demás, frenarla en seco.

—Que no seas plasta, rubia, que hoy no jugamos a polis y cacos...

«Santi...». Puntos suspensivos. Suspiro.

Un suspiro de amor; amor platónico y, por tanto, eterno.

★ ★ ★

Cuando a nuestros doce años llegó Jota —con ese nombre anacrónico e imposible que nos hizo atragantarnos de risa y enseguida olvidamos—, exigiendo que usáramos su apodo y dando, a cambio, maravillosas lecciones de integridad, nos sentimos protegidos.

Jota venía de otro colegio. Lo habían echado (o eso nos hicieron creer, porque él jamás contaba nada de sí mismo y mucho menos de su pasado).

El primer día, Jota reparó en una escena que para nosotros ya era cotidiana e intrascendente. Tomás se acercaba a Isa y le arrebatava —como siempre— el bocadillo que traía de casa envuelto en papel de aluminio. Eran ya nueve años de robos, de amenazas y de lo que todavía no sabíamos llamar *bullying*.

Jota, sin levantar mucho la voz, soltó:

—¡Eh...!

La clase se convirtió en un poblado vaquero...

Cuando todos los habitantes se encierran en su casa y en la calle solo resisten los matojos, el polvo y el relincho de algún caballo mientras la tensión se solidifica a la espera de los dos pistoleros...

Ese fue el nivel de silencio.

El momento culminante de una película clásica, de una obra maestra: tensión densa, muda, y los ojos verdes de Álex admirando, por primera vez, algo que no era su reflejo.

Tomás no se dio por aludido.

Todos recordamos a cámara lenta la cara de Isa girando hacia Jota, sorprendida, casi incrédula, mientras el nuevo, en dos zancadas, alcanzaba a Tomás y lo agarraba

del niqui (entonces eran niquis y no polos), le retorció la tela del cuello y se encaraba con el malo de la clase, el más odiado, el más temido.

—¡Eh...! —repitió Jota, sin enfadarse.

Tomás se dio la vuelta con más extrañeza que ira. Llevaba casi diez años matoneando sin que nadie lo reprimiera.

Anticipábamos su rabia, seguros de que descargaría mil puñetazos sobre Jota, y ya alzábamos las manos para taparnos los ojos, más preparados para no mirar que para intervenir, cuando Jota preguntó tranquilo:

—Es de ella, ¿no?

Lo dijo señalando el bocata y a Isa en un solo movimiento. Todavía no sabía su nombre; acababa de llegar.

Nos pareció más temerario que valiente.

Nos pareció, en realidad, un insensato.

Tampoco era Isa la víctima ideal a redimir.

Era la niña más gordita de la clase en una época en que el *body shaming* no tenía nombre y era pura rutina. Isa era amable, sonriente y, sí, regordeta. Siempre lenta. No molestaba, tampoco enamoraba. Por eso —y también porque éramos unos cobardes— no la habíamos defendido nunca.

Aun así, ella quiso evitar la tragedia inminente, explicarle a Jota que, con tal de no llamar más la atención y acabar cuanto antes con esa escena, le regalaba a Tomás el bocadillo; el bocadillo y, si hacía falta sus futuros ingresos como arquitecta, pero no pudo.

Se quedó paralizada, hipnotizada ella también por ese espectáculo de wéstern. Jota todavía tenía en la mano

medio cuello del niqui de Tomás y exhibía una serenidad pasmosa y nada violenta; Tomás todavía no había levantado el puño e intentaba entender a ese chaval nuevo, tan inconsciente.

Solo ellos dos supieron lo que se dijeron con los ojos.

Los demás habíamos retrocedido hasta pegarnos a las paredes del aula. Tampoco Isa, tan cerca que podía olerlos, consiguió entender sus miradas.

Pero algo pasó, algo indudable y contundente, algo que hizo que Tomás, sin una palabra, alargara hacia Isa el brazo con el bocadillo, mientras seguía sosteniendo la mirada de Jota. Algo pasó para que, luego, Tomás le asiera la muñeca a ese chaval que se había atrevido a retarlo, deshiciera despacio, con la otra mano, el nudo de los dedos de Jota y saliera al recreo silbando.

Jota cruzó la puerta detrás de él, aunque en dirección contraria.

Y los demás nos miramos abriendo mucho la boca, estupefactos y admirados, queriendo rebobinar la escena una y otra vez.

Jota había sido un héroe y Tomás, sin embargo, no había sido vencido.

Tampoco habríamos dicho que lo habían convencido —aquella contraposición tan unamuniana de «vencer o convencer»—, porque éramos unos preadolescentes zangolotinos. No sabíamos tanto.

Esa escena, justo esa, el duelo de Tomás y Jota, fue la frontera que acabó con nuestra niñez y estrenó nuestra adolescencia.

Lo sabemos porque, además, Ana la dibujó.